

Hacia una catástrofe nacional

León Trotsky

21 de septiembre de 1913

(Versión al castellano desde “Vers une catastrophe nationale”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 338-345; también para las notas. Publicado en *Kievskaja Mysl'*, número 261, 21 de septiembre de 1913.)

El escandaloso entusiasmo de la prensa europea por la política rumana, calificada de sabia, moderada y enérgica, se ha apagado por fin. Ya era hora. Pero, ¿qué era lo que había despertado este entusiasmo?

Se decía que la intervención militar de Rumanía pondría fin a la guerra de los Balcanes. Pero, ¿quién, si no Rumanía, fue la causa de la segunda guerra de los Balcanes? La política búlgara no fue más que una casualidad criminal, pero la rumana fue un modelo de vil rapacidad. Los rumanos esperaron a que Bulgaria estuviera agotada y sus relaciones con sus aliados se hubieran deteriorado. Rumanía llevó deliberadamente a Bulgaria a la locura y la desesperación. Serbia y Grecia podrían haber tomado la iniciativa de atacar a Bulgaria, incluso sin un acuerdo previo con Rumanía, pero es seguro que en ese caso Rumanía nunca les habría permitido aplastar a Bulgaria. No cabe duda de que se concluyó un pacto en el que también participó Turquía, directa o indirectamente. La nota amenazadora enviada por Bucarest a Sofía, una semana antes del estallido de la segunda guerra de los Balcanes, fue la señal para esta última. De no haber sido por esta provocación deliberada por parte de Rumanía, Serbia y Grecia probablemente habrían refrenado sus apetitos y se habrían planteado un acuerdo diplomático con Bulgaria. De todas las hipocresías sobre los intereses “nacionales”, sobre la “liberación” y demás, que han rodeado de un halo de gloria el trabajo de las bayonetas en los Balcanes, la noble palabrería sobre el papel pacificador de Rumanía es sin duda la más repugnante.

Sin embargo, queda la cuestión de la *sensatez* de los gobernantes rumanos. No tuvieron prisa, no enturbiaron las aguas, plantearon exigencias moderadas, esperaron el momento oportuno y luego, sin sufrir pérdidas, consiguieron lo que querían. ¿Pero qué querían? Una Bulgaria antagonista y exacerbada, una provincia rebelde en la frontera búlgara, fuertes gastos militares, caos económico y cólera. ¿Era esto lo que querían? Pero dejemos eso de lado por el momento. Los gobernantes de Bucarest consiguieron lo que querían. Eso es indiscutible, por el momento. Pero lo que, visto desde fuera, puede parecer una sabia moderación, es en realidad el resultado de su intemperancia, agravada por su inseguridad. El gobierno de Bucarest temía la guerra. Era consciente de la superioridad moral del ejército búlgaro. Un ejército de campesinos libres, alfabetizados y con derecho a voto, se habría enfrentado a un ejército, el rumano, de siervos de la tierra. El gobierno rumano ni siquiera estaba seguro de poder reunir sus reservas. ¿Responderían los hambrientos campesinos, los salvajes rebeldes de 1907, a la llamada a filas del ejército?

Consumido por los celos de los éxitos ajenos, el gobierno de Bucarest vaciló, negoció y buscó la bendición de las grandes potencias. Se mantuvo alerta. Cuando Rusia y Austria colgaron ante los ojos de los aliados balcánicos el terrible espantajo de la inviolabilidad del statu quo turco, nadie se asustó, nadie se detuvo. Cuando Rusia, valiéndose también de amenazas, ordenó a Bulgaria y Serbia que se sometieran a su arbitraje, ambos países no dudaron en resolver su conflicto por la fuerza de las armas. Despreocupados por la decisión tomada en Londres por *Europa* de entregar Andrinópolis a los búlgaros, los turcos reconquistaron y retuvieron la fortaleza. Sólo Rumania, que se

alineó con deferencia al lado de Europa, o más bien de Rusia y Francia, renunció desde el principio a sus planes. Pero no lo hizo por espíritu de lealtad, sino porque la oligarquía en el poder no se sentía cómoda en la silla de montar. De ahí la sucesión de oscilaciones, desconfianzas y prevaricaciones.

En realidad, la oligarquía sólo estaba esperando el momento oportuno para emprender una acción *enérgica* sin riesgos. Ese momento llegó, no por méritos propios, sino gracias a las circunstancias. Bucarest no posee las cualidades de firmeza y amplitud en la aplicación de un programa político, como lo demuestra el hecho de que Carp¹, líder de los conservadores y defensor de una política firme hacia Bulgaria, se viera obligado a dimitir y fuera sustituido por Maiorescu e Ionescu. Estos últimos mantuvieron, o fingieron mantener, que estaban en contra de la guerra, pero luego fueron ellos, y no otros, quienes emprendieron la campaña militar. Por ejemplo, Ionescu, un *balalajkin*² político, practicaba sus poses de guerrero delante de un espejo para poder mostrar sus músculos de acero a toda Europa.

Sin embargo, poco se puede decir a favor de la inteligente moderación de su plan o del vigor con que se llevó a cabo. Queda por analizar el éxito militar de la movilización y el de la campaña en su conjunto. Durante mes y medio, la prensa europea y local escribió con entusiasmo sobre ella. La movilización se habría llevado a cabo con rapidez y eficacia; todos los reservistas se habrían presentado; el cruce del Danubio no habría durado más de siete horas y los sucesivos movimientos del ejército en territorio búlgaro se habrían realizado con la rapidez de los automóviles, etc., etc., etc. Pues bien, nueve décimas partes de lo que se ha escrito sobre el tema no son más que *blagues*³, chismes y exageraciones periodísticas.

En realidad, el excesivo júbilo por la movilización delata la falta de confianza de las autoridades en su éxito; delata el hecho de que no sentían pisar terreno seguro. Sin embargo, la movilización rumana demostró que un estado oligárquico, indisciplinado y desmoralizado, gracias a su nivel de centralización, sigue siendo siempre un aparato suficientemente fuerte. Bajo la amenaza de sanciones, los campesinos acudieron desde los rincones más remotos del campo y se presentaron puntualmente en los cuarteles. Cuando las autoridades se enteraron de ello después de hacer el recuento de los soldados, hicieron alarde del heroico entusiasmo del pueblo. Descubrieron que los campesinos moldavos y valacos ardían de celoso patriotismo y que desde hacía tiempo aspiraban a “rectificar” la frontera sur, en sintonía con las concepciones estratégicas del estado mayor rumano. Todos los demás signos de entusiasmo se pusieron inmediatamente de manifiesto: los soldados en filas entonaban canciones y silbaban alegremente, metiéndose dos dedos en la boca; los oficiales golpeaban sonoramente las vainas de sus espadas contra las aceras o encabritaban sus caballos; la gente gritaba “¡Viva!” en las calles; desde sus balcones, las mujeres arrojaban flores a los futuros héroes; los periodistas juraban proteger a sus esposas e hijos. Por último, la querida del comandante en jefe, conocida en toda la ciudad, vestida como una amazona y ardiendo en deseos, se dispuso a cumplir con su deber para con el estado hasta en el mismo campo de batalla. Naturalmente, no es culpa suya que no viéramos la sombra de un verdadero campo de batalla. El hecho es que, en realidad, no hubo campo de batalla alguno.

Si hubiera tenido lugar en condiciones de guerra, el cruce del Danubio en siete horas y el avance sucesivo en territorio enemigo habrían sido probablemente dignos de elogio. Pero no había condiciones de guerra, porque no había guerra. La artillería búlgara no custodiaba la orilla derecha del Danubio, no había obstáculos que impidieran el cruce del río y la vanguardia que precedía a la caballería no encontró resistencia. El ejército rumano se extendió por el territorio enemigo como si estuviera en casa. A juzgar por las condiciones en que se desarrollaron, las operaciones militares pueden considerarse

maniobras por las que no hay motivos para elogiar al ejército rumano, que, por el contrario, logró poner al descubierto la monstruosa negligencia, incompetencia y confusión que reinan en todos los sectores de la administración militar.

Como suele ocurrir en los países donde el poder está en manos de una oligarquía irresponsable, los servicios de abastecimiento resultaron ser los peor gestionados. En los ministerios, un tercio de los créditos (se dice) son robados, y los dos tercios restantes, como es bien sabido, se utilizan principalmente no para los fines previstos, sino para cubrir las huellas de los ladrones. Ahora, a medida que la marea de versos y prosa poética que celebraba la movilización se desvanece, poco a poco, las columnas de la llamada prensa “independiente” de la oposición se llenan de revelaciones sobre el ministerio de la guerra. Las requisiciones militares se llevaron a cabo con deliberado y casi total desprecio de las necesidades, tanto del ejército como de la población; por otro lado, la clientela política y los intereses personales de quienes llevaban a cabo las requisiciones tenían su lugar.

Los opositores políticos eran oprimidos de todas las formas posibles, mientras que los partidarios del gobierno se beneficiaban de indulgencias ilícitas; los ricos conseguían entrar, sin dificultad, por el ojo de la aguja, mientras que el campesino más pobre veía desaparecer su último buey. En algunos casos, el abuso del poder administrativo se llevó aún más lejos. Las autoridades municipales de Bačau, en connivencia con ciertos funcionarios, falsificaron certificados de requisas, por ejemplo. Según los periódicos, más de la mitad de la suma (dos millones de francos) destinada a equipar camiones del ejército fue retenida indebidamente. Algunos oficiales traficaban con gasolina, aceite lubricante y neumáticos. Y el ejército, con todo tipo de agujeros en sus arcas, pasó hambre. La ración media distribuida a los soldados no superaba los 250 gramos de pan al día, a menudo mohoso e incomedible. En el IV Cuerpo, el oficial médico declaró incomedibles al menos 40.000 barras de pan, lo que provocó enfermedades y muertes, incluso entre los caballos. Los soldados pasaban a menudo tres o cuatro días seguidos sin pan, por lo que se veían obligados a comer trigo mal cocido, lo que provocaba trastornos intestinales en muchos de ellos. Y los demás sectores de abastecimiento hacían lo mismo.

Obviamente, el resultado de todo esto fue el agotamiento total del ejército, después de sólo cuatro semanas de campaña. Los corresponsales de Reuter, que siguieron de cerca tanto al ejército rumano como al búlgaro, sostienen que los soldados búlgaros no estaban tan agotados después de diez meses de marchas y combates como los soldados rumanos después de un solo mes de *paseo*. Pero el servicio de abastecimiento búlgaro no era ciertamente mejor. ¿Qué habría sido del ejército rumano si hubiera tenido que luchar de verdad? El servicio médico estaba en peores condiciones que el servicio de abastecimiento. Cientos de miles de rumanos fueron enviados, sin ninguna precaución, a un territorio que se sabía infestado de cólera. En Vratca, a pesar de las recomendaciones de las autoridades locales, el mando del ejército rumano autorizó a las tropas a llevarse ropa del hospital del campo de artillería búlgaro, ropa que ya había sido usada por las víctimas del cólera. En Orhani, fueron los propios comandantes quienes distribuyeron a sus hombres artículos que habían pertenecido a víctimas búlgaras del cólera. Las tropas rumanas pasaron diez días en este terrible foco de cólera, sin disponer siquiera de un microscopio para análisis de laboratorio. Sin embargo, finalmente se envió un microscopio desde Vratca, pero antes de que llegara, los soldados enfermos de disentería fueron alojados en los barracones ocupados anteriormente por las víctimas del cólera. El cólera se propagó inmediatamente por el ejército en forma de epidemia. Tanto el número de médicos y enfermeras como la cantidad de alimentos y medicinas eran insuficientes. El número de muertos se mantuvo en secreto o se subestimó absurdamente. En cualquier

caso, miles de soldados ya habían muerto y miles de enfermos habían invadido los lazaretos y propagaban el cólera por todo el país.

A la postración física del ejército le siguió inmediatamente la postración moral. En Rumanía, la relación entre oficiales y soldados es antagónica, como en todos los países donde está en vigor la servidumbre de la tierra: es una relación entre terratenientes y sus esclavos. Al comienzo de la campaña, si no verdaderas batallas, al menos sí que se esperaban combates. Así que los oficiales se mostraban corteses con sus soldados, evitando alimentar su resentimiento. Pero cuando quedó claro que los búlgaros habían decidido no oponer resistencia para no dar al gobierno de Bucarest ni un pretexto para aumentar sus exigencias, el comportamiento de los oficiales cambió radicalmente. Cuanto más hambrientos y furiosos se resistían los soldados a sus órdenes, más duras eran las medidas disciplinarias. La campaña búlgara se caracterizó por la reintroducción de los castigos corporales en el ejército. Los soldados eran azotados por la más mínima transgresión. A menudo se ataba al infractor a un árbol y se le dejaba al sol durante horas. De vuelta a casa, en un arrebatado de ira indescriptible, los soldados relataron los horrores que habían experimentado y escribieron docenas de cartas al respecto al periódico local de los trabajadores.

El 9 de mayo de 1868, el príncipe de Rumanía escribió en su diario: “El príncipe ha abolido la flagelación en el ejército y esta decisión figura en una orden firmada por el ministro de guerra. Cuanto más se inmiscuyen otros países en los asuntos internos de Rumanía, tanto más diligentemente trabaja el príncipe en la tarea que más le interesa: mejorar el ejército. Esta tarea, que es imperativa, requiere ante todo la restauración de la dignidad de los soldados y la abolición de los bárbaros castigos corporales.” Desde entonces han pasado cuarenta años, casi una generación y media. En el ocaso de un reinado que duró casi medio siglo, el rey Carol envió a su ejército a la batalla contra un enemigo desarmado y atado de pies y manos. Pues bien, al cabo de sólo un mes, tuvo que reintroducir los “bárbaros castigos corporales”, para mantener la disciplina en la que se basaba el ejército, y arrastrar por el fango la “dignidad de los soldados”. Este simple e indiscutible hecho demuestra, con claridad cegadora, cuán falsas eran las exaltaciones del progreso rumano. La “dignidad” no puede inculcarse a los soldados si se niega a la masa trabajadora de la población. El campesino ignorante, degradado y esclavizado puede dejarse engañar por el espejismo de la tierra por conquistar más allá de la frontera, pero nunca se convertirá en un soldado consciente y autónomo. En Rumanía, un país periódicamente devastado por el hambre y con una burocracia corrupta e irresponsable que niega a las masas sus derechos políticos, no se puede confiar en el ejército, sobre todo cuando llega el momento decisivo. La reaparición del bastón es la mejor prueba de lo que decimos.

Está claro que el comportamiento de un ejército como el rumano, que ha ocupado el territorio indefenso de otro país, no puede ser un ejemplo de nobleza de alma y generosidad. Naturalmente, no se ha producido derramamiento de sangre, ni masacres, ni destrucción de ciudades y pueblos. Ni se daban, ni se podían dar, las condiciones necesarias para el desencadenamiento de la furia destructiva. Pero el robo, la violencia y la violación estaban a la orden del día. La codicia individual, el impulso de apoderarse de todo y el pillaje desempeñan un papel más importante en las guerras actuales de lo que generalmente se cree. Un hombre, arrancado de su familia y de su entorno y enviado a territorio enemigo, es presa de los mismos sentimientos que impulsaron al caminante del siglo XIII al “Santo Sepulcro”... Este ejemplo lo ofrecieron los oficiales que, además de sillas de montar, recogieron de los depósitos militares búlgaros máquinas de coser y espejos para sus casas. Naturalmente, los soldados siguieron su ejemplo y robaron todo

lo que pudieron. En Vratca, irrumpieron en un polvorín, convencidos de que los búlgaros habían escondido allí objetos de valor. Una explosión mató a muchos de ellos.

Ahora los pobres regimientos *victoriosos* han regresado a casa, demacrados, cansados y amargados. Y el cólera ha llegado con ellos. El ministro de sanidad intenta tomar medidas de precaución. La naturaleza de estas medidas queda bien ilustrada por el rociado simbólico de cal en las carreteras periféricas de Bucarest. Pero el mando del ejército no ve ningún sentido en tomar medidas sanitarias. Todos los oficiales tratan de mantenerse alejados de las tropas infectadas y se encierran en sus casas. Incumpliendo las órdenes, los oficiales abandonan los vagones y entran en los restaurantes de las estaciones, con las pistolas en mano, para obtener comida de los aterrorizados camareros. Los soldados, agotados, no tienen el valor de someterse a la cuarentena. Las autoridades médicas se quejan y amenazan con dimitir. El ministro del interior, Take Ionescu, ha abandonado el país, habiendo decidido, sabiamente, pasar en Francia la fase más virulenta de la epidemia de cólera. La anarquía es total en todo el aparato administrativo. El cólera, impertérrito ante la aparente constitución europea de Rumanía, se propaga fácilmente en las condiciones asiáticas creadas por la pobreza y la ignorancia de los gobernados, pero también por la negligencia criminal de los gobernantes. No sólo se extiende por el campo y asfixia los suburbios, sino que también penetra en los barrios acomodados del centro de la capital. Incluso se dan casos de cólera en la principal arteria de la ciudad, Calea Victoriei...

También llegan malas noticias de las provincias conquistadas. Los búlgaros no pueden creer que se hayan convertido en ciudadanos rumanos. Se les ha explicado que, tras la “rectificación de fronteras”, tendrán que rezar en la iglesia, no por el rey Fernando, sino por el rey Carol. Pero no pueden creerlo. Han derramado su sangre para liberar a sus hermanos macedonios (realmente creían en ello), algunos han perdido la vida y otros han vuelto a casa desde los campos de batalla. Y hoy les dicen que los macedonios “liberados” se han convertido en ciudadanos serbios y griegos, mientras que ellos, los liberadores, son ahora ciudadanos rumanos, sin derechos políticos, nacionales ni culturales. Como pueden imaginar ustedes, no es fácil creer en semejante burla del destino. Sin embargo, podemos predecir con seguridad que el gobierno rumano pronto podrá utilizar medidas tan persuasivas que los búlgaros no tendrán más remedio que creerlo.

Aunque el gobierno conservador de coalición haya dotado al país de una nueva provincia (además del cólera, claro), se da cuenta de que no transita un camino de rosas. Dentro del gobierno, hay una lucha entre los conservadores y los conservadores-demócratas que está destinada a agriarse. En las nuevas provincias (una región rica con una renta anual de unos 163 millones de francos), hay miles de puestos administrativos a la espera de ser cubiertos, y cada una de las camarillas gubernamentales quiere obtenerlos para su propia clientela política. Desgarrado internamente, el gobierno también está totalmente desacreditado en el extranjero y carece de autoridad en el interior.

Los liberales, el partido más grande de Rumanía, son los principales responsables de la situación actual. En los cuarenta y siete años de existencia de la nueva Rumanía, han ocupado el poder durante veintiocho años. Son los máximos responsables de la conquista del Cuadrilátero, que, por cierto, formaba parte de su programa, y presionaron a los conservadores para que lo llevaran a cabo. Hoy, deseosos de volver al poder, los liberales dicen estar dispuestos a “resolver” la cuestión agraria y reformar el sistema electoral. De acuerdo con los conservadores, hacen vagas pero tentadoras promesas a los judíos. Sin embargo, la composición social y las tradiciones del partido liberal rumano les impiden eliminar o romper las cadenas feudales que obstaculizan el desarrollo del país.

En Macedonia, una catástrofe exterior ha abolido las relaciones feudales y, al expulsar al bey turco (y matar a la mitad de los campesinos, N.B.), la guerra de los Balcanes abolió allí el feudalismo. En Rumania, la catástrofe de los Balcanes no ha hecho más que agravar los problemas internos, sin ofrecer la menor esperanza de aportar solución alguna. El poder en Rumanía no está en manos de una casta dirigente turca, sino de una casta autóctona. Ninguna catástrofe exterior puede derribarla. En cambio, se puede afirmar con absoluta certeza que las políticas de esta casta dirigente, en sus variantes conservadora o liberal, están precipitando al país, a pasos agigantados, hacia una catástrofe nacional.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es

¹ Carp Petrache (1837-1918). Célebre dirigente político rumano, líder del partido conservador. Participó en el derrocamiento del príncipe Cuza (1866) y ocupó varias veces el cargo de ministro de educación, durante el cual introdujo una política de refuerzo del clero en las escuelas. En 1911-1912, Carp presidió el gobierno conservador. En política exterior, fue un resuelto rusóphobo. Durante la guerra imperialista, publicó el periódico germanófilo *Moldava*, en el que intentaba demostrar que Rumanía no tenía ningún interés en favorecer el desprendimiento de Bucovina y Transilvania de Austria, sino que, más bien, debía separar Besarabia de Rusia.

² Balalajkin. Personaje de *Un idilio moderno* del escritor ruso Saltykov Sečdrin (1826-1889), personificación del aventurero liberal, zalamero, gordinflón, mentiroso que antepone sus propios intereses a todo lo demás.

³ En francés en el original. Cuentos, bolas (mentiras).